

**LA PARADOJA DEL VOTO RELIGIOSO:
RELIGIOSIDAD, IDEOLOGÍA Y VOTO EN ESPAÑA***

Kerman Calvo
Universidad de Essex e Instituto Juan March

y

José Ramón Montero
Universidad Autónoma de Madrid e Instituto Juan March

* Este trabajo es una versión abreviada y ligeramente distinta del que aparecerá en la *Revista Española de Ciencia Política*. Queremos agradecer las sugerencias y críticas realizadas a versiones anteriores de este trabajo por Paloma Aguilar, Millán Arroyo, Ignacio Lago, Juan J. Linz, Amando de Miguel, Mikel Ochoa, Francisco A. Orizo, Fabio Soares y Mariano Torcal; la generosa ayuda prestada con los datos españoles de la *European Values Survey* de 1999 por Javier Elzo y María Silvestre; las facilidades del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, del Instituto Juan March, y el apoyo financiero de la Consejería de Educación e Investigación del Gobierno vasco y del Ministerio de Ciencia y Tecnología (SEC2000-0758-C02-01).

Durante algún tiempo, numerosos analistas han llamado la atención sobre la naturaleza paradójica del factor religioso: mientras que todos ellos destacaban la importancia del fenómeno de la secularización, los indicadores de religiosidad parecían manifestar mayor fortaleza empírica sobre el comportamiento electoral que los de la clase social, por ejemplo, y exhibir además una mayor estabilidad temporal (Rose y Urwin 1969). En los años sesenta, Converse (1974, 733-734) subrayó la “intrusión” de las diferencias religiosas en las preferencias políticas y partidistas incluso en países homogéneos en materia religiosa. Poco después, Lijphart (1980: 320) se refirió explícitamente a la paradoja del voto religioso para enmarcar la contradicción surgida en los países cuyos electorados muestran la permanencia del factor religioso sobre los de clase o lengua pese a la continuidad de procesos de secularización o a las estrategias partidistas de mantener los conflictos religiosos fuera de la agenda política. Las explicaciones ofrecidas al respecto por el propio Lijphart (1980: 320-322)¹ resultaban poco convincentes. Y quedaron en cualquier caso superadas por los cambios sociales y por las estrategias de los partidos durante los años ochenta, que mantuvieron la paradoja y anularon aquellas hipotéticas explicaciones (Franklin y otros 1992). Más recientemente, la paradoja del voto religioso ha sido retomada en los países nórdicos, en los que el éxito relativo de los partidos demócratas cristianos desafía explicaciones *à la* Lipset y Rokkan (Madeley 2000). En otros países, la persistencia de la relevancia del factor religioso en el comportamiento electoral contrasta en el declive del *cleavage* religioso, o incluso con su ausencia, por no hablar de la también ausencia de los partidos demócrata-cristianos en la competición electoral (Broughton y . ten-Napier 2000).

Las elecciones legislativas españolas de marzo de 2000 suponen una excelente oportunidad para analizar el alcance de esa paradoja. A primera vista, el papel de la religiosidad ha sido inexistente, según todas las apariencias y en virtud de los comentarios unánimes de protagonistas, observadores y expertos.² En este trabajo mantenemos, por el

¹ Esas explicaciones se cifraban en el desfase entre partidos y *cleavages* por el congelamiento de los segundos y en las diferentes estructuras de competición para los partidos y las instituciones regionales o federales.

² Esos comentarios están resumidos en Cotarelo (2002) y del Pino (2001).

contrario, que la religiosidad desempeñó un papel relevante en las fortunas electorales de los tres partidos nacionales. En un contexto caracterizado por la transferencia de votantes hacia el Partido Popular (PP), la religiosidad se erigió en un claro elemento de *refuerzo* para explicar el cambio de voto desde el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) hacia el partido en el gobierno. Como hemos expuesto en otra parte (Montero y Calvo 2000),³ creemos que la religiosidad ha dejado de ser en líneas generales un factor de primer orden para la explicación del comportamiento electoral en España. Pese a ello, las identidades religiosas aún condicionan de varias maneras la forma de entender la vida social y política. Y, en situaciones en las que el voto ideológico o la lealtad partidista parecen estar debilitando, esas identidades pueden ser decisivas para acabar con las dudas de muchos votantes.

Nuestras expectativas iniciales ante las elecciones de 2000 no podían ser sino las confirmatorias de la creciente pérdida de importancia de la religiosidad en la decisión de los electores. Esta continuidad venía además avalada por la ausencia de acontecimientos a los que los ciudadanos pudieran responder con su voto. Ningún tema religioso apareció durante la campaña electoral, y ningún partido desplegó estrategias de movilización dirigidas a sectores de votantes con características religiosas específicas. En contra de estas expectativas, nuestros primeros análisis de las elecciones de 2000 obtuvieron una conclusión sorprendente: la religiosidad resultaba ser una variable significativa para la explicación del voto. Utilizando los datos de la encuesta realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS),⁴ la mayor intensidad de la variable religiosa aumentaba las probabilidades de votar al PP y disminuía, al mismo tiempo, las de hacerlo al PSOE y a Izquierda Unida (IU). En este trabajo queremos discutir empírica y teóricamente este resultado. Revisaremos las implicaciones derivadas de una transferencia sustancial de votantes religiosos desde el PSOE hacia el PP. Si el trasvase de votantes entre los dos partidos era una condición necesaria para la victoria del PP en marzo de 2000, la especificación de su mayor religiosidad en términos relativos ha solido pasar desapercibida.

³ Más particularmente, en ese trabajo analizamos las elecciones de 1979, 1982, 1989, 1993 y 1996; pueden verse también Montero y Calvo (1999) y Montero (1993 y 1999).

⁴ Se trata de una encuesta panel cuya primera *ola* (Estudio 2.382) se efectuó en febrero de 2000 a una muestra nacional representativa de 24.020 españoles mayores de edad, y para cuya segunda *ola* (Estudio 2.384) se seleccionaron en marzo y abril de 2002 a 5.283 de los anteriormente entrevistados.

En los últimos años, los perfiles religiosos del PP y del PSOE llevaban camino de convergir; ambos podían legítimamente aspirar al apoyo de los segmentos religiosos del electorado, con la doble excepción de las minorías que manifestaban muy altas tasas de religiosidad, de un lado, o se declaraban ateas e indiferentes, de otro. En las elecciones de 2000, el PP ha “derrotado” al PSOE en todas las categorías religiosas, incluso en la menos religiosa, y ha logrado además arrebatarse el apoyo de los antaño votantes socialistas más religiosos. Este trasvase ha modificado los perfiles religiosos de ambos partidos, depurándolos si se quiere, y explica la relevancia adquirida por los indicadores de religiosidad en nuestros modelos. Discutiremos también los resultados que sugieren una creciente separación entre la religiosidad y la ideología. Aun necesitando de estudios concluyentes que calibren el peso de la identificación religiosa en la construcción individual de los espacios ideológicos, nuestros análisis anteriores apuntaban a la existencia de una conexión muy estrecha entre ambas variables: la religiosidad determinaba en gran medida la ideología. Tras las elecciones de 2000, parece que aquella vinculación se ha debilitado. Ello ha facilitado a muchos votantes poco religiosos definirse a sí mismos como personas de centro-derecha, abandonando así la izquierda o el centro-izquierda. De modo similar, más personas religiosas que nunca se sienten de centro-izquierda. La vinculación entre religiosidad e ideología sigue existiendo, pero es cada vez más débil. Y ello afecta también a la significatividad del indicador religioso en nuestros modelos.

Comenzaremos este trabajo con una aproximación a las elecciones de marzo de 2000. La recuperación del voto religioso está íntimamente relacionada con el aumento de las tasas de volatilidad individual y agregada. También abordaremos en esta primera sección el tema de la conexión entre la ideología y la religiosidad, dada su relevancia para entender el peso electoral del factor religioso. Continuaremos presentando el modelo de regresión logística que proponemos para estas elecciones. Sus resultados demuestran que la religiosidad fue un factor relevante en decisiones de los votantes españoles. Para dar cuenta de este sorprendente hallazgo, examinaremos brevemente tanto la campaña electoral como el mapa religioso: ambas revisiones tratarán de si la mayor incidencia de la religiosidad en la decisión del votante es producto de algún acontecimiento político o de alguna estrategia partidista durante la campaña, o está ligada a alguna variación sustancial

de los perfiles religiosos de los españoles. Terminaremos este trabajo discutiendo las que a nuestro juicio suponen las dos principales hipótesis explicativas: la transferencia de votantes religiosos del PSOE al PP en el periodo 1996-2000 y la desvinculación de las variables religiosa e ideológica.

Volatilidad, ideología y religiosidad

Las elecciones de marzo de 2000 arrojaron resultados extraordinarios. Como puede recordarse en la tabla 1, las diferencias entre las consultas de 1996 y 2000 fueron considerables en todos y cada uno de sus capítulos --desde la magnitud de la victoria gubernamental a la intensidad de la derrota de los partidos izquierdistas, pasando desde luego por el crecimiento de los abstencionistas. Y como han subrayado entre otros muchos Vallès y Díaz (2000, 141), marcaron un *antes* y un *después* en la política española al sellar el ciclo electoral iniciado en 1982 y comenzado a cerrar en 1996. De una parte, el PP pareció superar las percepciones negativas que le señalaban como un mero trasunto de la peor tradición derechista española, o como un partido excesivamente extremista por conservador. Como apunta el título de este trabajo, para muchos electores votar a un partido conservador (y que decía ser centrista) ya no fue un problema. De otra parte, los factores de competición interpartidista presentes desde los años ochenta sufrieron una profunda modificación. Para muchos analistas, el nuevo escenario estaría caracterizado por el declive de las identidades ideológicas de los votantes y por la preeminencia de criterios pragmáticos en la decisión de voto, como la evaluación de la labor del gobierno o la credibilidad de los gobernantes (por ejemplo, Roller 2001, 209).

[Tabla 1]

La magnitud del número de votos ganados en las elecciones de 2000 por el PP y la de los perdidos por el PSOE e IU denotan necesariamente trasvases sustanciales de votantes entre los bloques ideológicos de izquierda y derecha, así como *salidas* considerables hacia la abstención. Los datos de las tablas 2 y 3 permiten una aproximación cuantitativa a esos procesos y colocan la consulta de 2000 en la serie de elecciones legislativas españolas. La

tasa de volatilidad agregada (tabla 2)⁵ fue doblemente significativa en 2000: recogió un incremento sustancial con respecto a la consulta de 1996 e invirtió la tendencia observada desde 1977. Si desde entonces la barrera separadora de los espacios de izquierda y derecha había limitado los trasvases de voto entre ambos bloques (como resultó especialmente visible con ocasión de las elecciones excepcionales de 1982), en las elecciones de 2000 esta barrera resultó mucho más permeable.⁶ Los datos de la volatilidad individual (tabla 3)⁷ cualifican esas tendencias agregadas. Así, las elecciones de 2000 experimentaron la tasa de volatilidad más elevada desde la primera consulta democrática (dejando al margen la excepcional de 1982); y también produjeron a la vez los mayores niveles de trasvase de voto entre los bloques ideológicos. Parecía así consolidarse la tendencia comenzada en 1993, cuando los porcentajes de la volatilidad entre bloques superaron a los de la intrabloque. Lo hizo también con una especial intensidad: la primera (con un 12 por ciento) dobló a la segunda (con un 6 por ciento), y supuso nada menos que las dos terceras partes de la volatilidad total. La dirección de las transferencias es asimismo significativa: los mayores niveles relativos de trasvase estuvieron dirigidos desde el PSOE e IU al PP. Como examinaremos más adelante, sólo la mitad de quienes habían votado a IU y dos terceras partes de quienes lo habían hecho al PSOE en 1996 volvieron a hacerlo en 2000; por el contrario, el 86 por ciento de los votantes del PP en 1996 lo votó nuevamente.⁸ En suma, el aspecto más destacable de estos procesos de volatilidad no es su volumen, dado que pese a su crecimiento se mantienen todavía en niveles relativamente bajos (Ersson y Lane 1998; Linz y Montero 2001), sino el hecho de que se trate de una volatilidad *asimétrica*: afecta más a los partidos de izquierda que al PP.

⁵ Se trata de los cambios electorales netos que se producen en un sistema de partidos entre dos elecciones sucesivas y que se deben a transferencias individuales del voto; cf. Bartolini y Mair (1990, 20 ss.) y Oñate y Ocaña (2000).

⁶ En realidad, la divisoria entre los bloques ideológicos ha ido perdiendo su rigidez desde las elecciones de 1993, como puede también comprobarse en los porcentajes que expresan el peso de la volatilidad entre bloques sobre la volatilidad total.

⁷ Se trata de la tasa calculada a partir de las declaraciones del recuerdo de voto en dos elecciones sucesivas por los entrevistados en encuestas postelectorales.

⁸ Estos datos proceden de la encuesta poselectoral del CIS citada *supra*, nota 4, y se recogen con más detalle en la tabla 11.

[Tablas 2 y 3]

¿En qué medida está esa mayor volatilidad relacionada con el debilitamiento del voto ideológico? Como es sabido, la ideología ha sido habitualmente señalada como el principal mecanismo de *anclaje* del voto en España (Gunther y Montero 2001; Torcal y Medina 2002). Aumentos considerables en las tasas de volatilidad estarían sugiriendo, por lo tanto, cambios importantes en la capacidad actual de la ideología para moldear las preferencias electorales de los votantes. Quizás éstos estén dejando progresivamente de considerar tanto su posición ideológica como la de los diferentes partidos a la hora de formalizar su decisión electoral, y estén acudiendo en su lugar a criterios cambiantes en las diferentes elecciones. Además, las variables ideológicas han solido solaparse con las religiosas: los votantes más religiosos han sido también los más conservadores. La fuerza de esta relación llegaba incluso a la absorción por la ideología de la capacidad explicativa de la religiosidad en los modelos estadísticos del voto, dada la mayor probabilidad de que la fortaleza en las convicciones religiosas desembocara en el conservadurismo ideológico (Montero y Calvo 2000). ¿Está el aumento de la volatilidad electoral “liberando” entonces a la religiosidad de la interferencia de la ideología, a través de la paulatina erosión del voto ideológico? Creemos que la respuesta es afirmativa; pero lo es en mayor medida para unos partidos o espacios ideológicos que otros. En línea con la creciente debilidad del voto ideológico, algunos estudios recientes han comprobado que grupos de votantes cuya identidad ideológica está próxima a un determinado partido pueden de modo sistemático abstenerse u optar por otro partido más distante ideológicamente. Así, en primer lugar, más de la mitad de quienes en marzo de 2000 se sentían en mayor medida ideológicamente cercanos al PSOE que a cualquier otro partido no llegó, pese a ello, a votarle (Sánchez-Cuenca 2002, 12). En segundo lugar, la mayor cercanía ideológica al PSOE de un nutrido sector de votantes no fue motivo suficiente, sin embargo, para ni siquiera acudir a las urnas (Barreiro 2002). Finalmente, las posiciones ideológicas han resultado ser cambiantes, por lo que personas que antes se definían de izquierdas pueden ahora declararse como de centro-derecha o simplemente conservadores; unos cambios que, como apuntan Torcal y Medina (2002), pueden explicarse en base a las estrategias desplegadas por el PP.

Estos apuntes son una muestra ilustrativa del resquebrajamiento de la ideología como principal anclaje del voto. Pero ocurre que esos efectos son de nuevo asimétricos: mientras que inciden decididamente en la izquierda, no lo hacen en la misma medida en la derecha. Son sólo los votantes de izquierda quienes muestran una menor propensión a votar y quienes están empezando a ignorar la proximidad ideológica para decidirse entre los distintos partidos, y es el PP el que ha podido modificar las preferencias ideológicas de los ciudadanos y el que ha logrado recibir el apoyo de votantes de izquierda o de centro-izquierda. Es cierto, pues, que un mayor dinamismo en la articulación de las identidades ideológicas ha favorecido una creciente disociación entre la ideología y la religiosidad, en la medida en la que segunda supone principalmente un dato estructural y resulta escasamente maleable por la coyuntura política.⁹ Pero se trata de una disociación relativa, en el sentido de asimétrica, como todavía evidencia la fuerza del voto ideológico conservador.

Los datos que presentamos en las tablas 4 y 5 ofrecen información de interés a ese respecto. En los últimos años de la década de los noventa, y pese a que no cupiera esperar modificaciones sustanciales en los perfiles religiosos de los españoles, la derecha manifiesta menores niveles de religiosidad. Como puede comprobarse en la tabla 4, tanto en el centro más cercano al espacio conservador como en el propio centro-derecha¹⁰ la presencia de personas no religiosas ha aumentado en diez puntos porcentuales. Este resultado se corresponde bien con los argumentos sobre la evolución del voto ideológico presentados con anterioridad. Ha podido así ocurrir que los votantes católicos que hayan modificado sus preferencias ideológicas, autosituándose ahora en el centro-derecha o en la derecha, han podido a la vez mantener estables sus identidades religiosas. Y es también posible que personas no religiosas que en el pasado se concebían a sí mismas como de centro-izquierda, hayan cambiado su autodefinición ideológica, desplazándose hacia el centro-derecha o la derecha, pero sin dejar de ser no religiosas. Para ambos grupos de

⁹ Aunque también cabe la modificación de las preferencias religiosas a lo largo del ciclo vital, los menores índices de religiosidad de las sociedades avanzadas están asociados a la falta de religiosidad de las nuevas cohortes, socializadas en un entorno secular (Jagodzinski y Dobbelaere 1995). De ello resulta que la identificación religiosa suele ser más estable que la ideológica.

¹⁰ Para apreciar mejor este tipo de cambios, en las tablas 4 y 5 hemos subdividido la categoría de centro en *Centro-1* y *Centro-2*, que recogen a quienes se autositúan en las posiciones 5 y 6, respectivamente, de la escala ideológica.

votantes, el reconocimiento de sus nuevos perfiles conservadores ejemplifica suficientemente la superación de los problemas de falta de credibilidad y de confianza vinculados al PP. La tabla 5 confirma asimismo este resultado: si en 1996 el 22 por ciento de los menos religiosos se autocolocaba en los espacios ideológicos más conservadores (desde el *Centro-2* hasta la derecha, es decir, las posiciones 6 a 10 de la escala), este porcentaje asciende al 31 por ciento en el año 2000. Si ponemos estos resultados en una perspectiva temporal más amplia y acudimos además a otro tipo de indicadores,¹¹ la menor polarización religiosa de las categorías ideológicas resulta especialmente patente. Como puede verse ahora en la tabla 6, los índices de religiosidad de casi todas ellas se ha reducido de forma notable; pero ha ocurrido particularmente así en los espacios más conservadores. En 1982, los católicos practicantes dominaban en el ámbito conservador: constituían nada menos que el 64 por ciento de quienes se autosituaban en el centro-derecha y el 71 por ciento de quienes lo hacían en la derecha. Casi dos décadas después, sólo el 46 por ciento de quienes declaraban colocarse en el centro-derecha y el 43 por ciento de la derecha eran personas muy religiosas.

[Tablas 4, 5 y 6]

En definitiva, la religiosidad y la ideología están aún estrechamente unidas. Pero se trata de una relación que tiene visos de debilitarse. Esta creciente disociación tendría como una primera consecuencia destacable la de que la ideología deje de ser una variable mediadora entre la religiosidad y el voto. En el pasado, los contenidos de las variables religiosas e ideológicas se solapaban en buena medida, ya que ambas medían el peso de identidades estructurales y escasamente cambiantes en la decisión de votar. Ahora, estas variables tienden a medir realidades diferentes. Por lo tanto, uno y otra habrían de gozar de

¹¹ Como hemos comentado en otro lugar (Montero y Calvo 2000), los análisis sobre la religiosidad se resienten en España de la escasa consistencia de sus indicadores en las diferentes encuestas. De ahí que, por ejemplo, en las tablas 4 y 5 nos hayamos visto obligados a presentar una codificación en dos categorías para la comparación de las encuestas de 1996 y 2000: ambas contienen indicadores de asistencia a misa, pero ambos están contruidos de diferente manera. Por su parte, los datos de la tabla 6 utilizan un indicador distinto de autoidentificación religiosa, en los que el entrevistado selecciona su nivel de religiosidad desde “muy buen católico” hasta “indiferente” y “ateo”. Por lo demás, la consistencia de los resultados con indicadores tan diferentes subraya su relevancia.

influencia propia en los modelos de explicación del voto. En la siguiente sección comprobaremos en qué medida ocurrió así en las elecciones de 2000.

El factor religioso en las elecciones de 2000

En esta sección demostramos que en las elecciones de marzo de 2000 la religiosidad ha resultado ser, contra todo pronóstico, significativa para la explicación del voto a los tres partidos nacionales. Presentaremos ahora el modelo que hemos elaborado, y que complementaremos con cálculos de probabilidades. En las siguientes dos secciones examinaremos con cierto detenimiento algunas hipótesis que den cuenta de esos sorprendentes resultados.

Para el análisis del factor religioso hemos realizado regresiones logísticas. Las siguientes ecuaciones resumen la especificación de nuestros modelos:

Ecuación (1) $Y(\text{VotoPP2000}) = f(\text{Asistencia2}, \text{Asistencia3}, \text{Asistencia4}, \text{Asistencia5}, \text{Ideología}, \text{ValAznar}, \text{ValPPEconomía}, \text{ValPPnaturaleza}, \text{Variables de control}, e)$.

Ecuación (2) $Y(\text{VotoPSOE2000}) = f(\text{Asistencia2}, \text{Asistencia3}, \text{Asistencia4}, \text{Asistencia5}, \text{Ideología}, \text{ValAlmunia}, \text{ValPPEconomía}, \text{ValPPnaturaleza}, \text{Variables de control}, e)$.

Ecuación (3) $Y(\text{VotoIU2000}) = f(\text{Asistencia2}, \text{Asistencia3}, \text{Asistencia4}, \text{Asistencia5}, \text{Ideología}, \text{ValFrutos}, \text{ValPPEconomía}, \text{ValPPnaturaleza}, \text{Variables de control}, e)$

Las ecuaciones postulan que el voto al PP, al PSOE o a IU sería una función de la religiosidad de los votantes, de su ideología, de la valoración de los líderes de los partidos, de la valoración retrospectiva de la gestiones económica y medioambiental del gobierno del PP,¹² de algunas características individuales del electorado (las variables de control) y de otros factores no controlables (el error). La tabla 7 especifica la operacionalización de las variables seleccionadas. La *variable dependiente* es el recuerdo de voto; toma el valor 1 cuando el entrevistado vota al partido en cuestión, y 0 en todos los demás casos. Para dotar

¹² La inclusión de la variable sobre la valoración de la gestión medioambiental del gobierno trata de medir el efecto de los sentimientos posmaterialistas en los votantes de IU.

de mayor coherencia a esta segunda categoría, hemos excluido a los votantes de IU en el modelo para la explicación del voto al PSOE. Así, en esta variable, quienes no hayan votado al PSOE habrán preferido opciones políticas más conservadoras. De igual manera, los votantes de partidos nacionalistas no forman parte de la categoría 0 en el modelo para la explicación del voto al PP. Tratamos todos los demás posibles valores de la variable “recuerdo de voto” como perdidos por el sistema. La hipótesis que queremos explorar es sencilla: la probabilidad de votar por el PP, frente al PSOE, aumenta en la medida en que lo hace el compromiso religioso del votante.

La *religiosidad* es obviamente la principal variable independiente de nuestros modelos, medida en relación con el nivel de asistencia a los servicios religiosos. Hemos construido para ello cinco variables dicotómicas que reflejan la pertenencia del entrevistado a cada una de las cinco categorías.¹³ Como se ha demostrado en numerosas ocasiones (Billiet 2001; Feldkircher 1998), la vinculación del individuo con una determinada Iglesia organizada confiere mucha mayor consistencia a los efectos de la religiosidad sobre sus orientaciones y actividades políticas que la mera pertenencia a una religión (por nacimiento o tras el bautismo) o incluso que las creencias religiosas. Esa vinculación se expresa a través de formas de pertenencia “costosas” (en términos de tiempo o de oportunidad, por ejemplo), que refuerzan la integración del individuo en los preceptos religiosos y en las actividades de la iglesia, implicando además una predisposición para aceptar o al menos atender a las opiniones políticas y morales de su Iglesia. De ahí que postulemos que la probabilidad de votar a partidos conservadores, aquellos políticamente más próximos a la Iglesia católica, es mayor en quienes asisten a misa de modo regular. Por otra parte, la variable *ideológica* se refiere a la posición del entrevistado en una escala izquierda-derecha

¹³ En el caso de la encuesta del CIS que estamos utilizando, su formulación (y las frecuencias de respuesta) fue la siguiente: “¿Con qué frecuencia asiste usted a misa u otros oficios religiosos, sin contar las ocasiones relacionadas con ceremonias de tipo social, por ejemplo, bodas, comuniones o funerales? Casi nunca [40%]; varias veces al año [21%]; alguna vez al mes [14%]; casi todos los domingos y festivos [21%]; varias veces a la semana [3%]?” En el caso de las *European Values Surveys* (EVS) de 1981, 1990 y 1999, cuyo indicador hemos utilizado en otras tablas, su formulación es la siguiente: “Dejando aparte bodas, funerales, bautismos, etc., ¿con qué frecuencia va usted a la iglesia últimamente? ; Más de una vez a la semana; una vez a la semana; una vez al mes; por Navidad/Semana Santa; con ocasión de otras festividades religiosas concretas; una vez al año; con menos frecuencia; y nunca, prácticamente nunca”. Para la aplicación de las EVS en España, cf. Orizo (1983 y 1991) y Elzo y Orizo (2000).

de diez posiciones.¹⁴ Y, entre las variables de control, hemos recodificado la *edad* para distinguir entre grupos de edad o cohortes socializados en periodos particularmente importantes del pasado siglo (cf. Torcal 1995, 200ss.).

[Tabla 7]

La tabla 8 resume los resultados del análisis. En ella figuran, tras los nombres de las variables independientes, los parámetros estimados por logit para cada uno de los partidos, sus respectivos errores típicos entre paréntesis y su significatividad. Es evidente así que en las elecciones de marzo de 2000 un mayor compromiso religioso aumentaba la probabilidad de votar por el PP, a la vez que reducía la probabilidad de hacerlo por el PSOE. En los modelos para ambos partidos, todas las diferentes variables dicotómicas que resumen la participación religiosa son estadísticamente significativas. Una excepción parcial es la de la categoría de mayor compromiso religioso (la de quienes declaran asistir a misa “más de una vez por semana”), cuya significatividad es débil tanto para el PP como para el PSOE. A tenor de los datos presentados en la tabla 8, cabría suponer que la pertenencia a esta categoría religiosa habría de incrementar al máximo las probabilidades de votar al PP: este 3 por ciento escaso de la muestra ($n=105$) vota en un 80 por ciento al PP (y sólo en un 11 por ciento al PSOE), tiene una media de edad de 63 años (frente a la media muestral de 47 años) y está compuesto en un 78 por ciento por mujeres (frente a la media del 52 por ciento). Ocurre, sin embargo, que la efectividad de los modelos logit se resiente considerablemente cuando el número de observaciones es muy pequeño, como es aquí el caso, ya que la variabilidad en la variable es también muy reducida. Esta circunstancia resulta además reforzada por el solapamiento existente entre la ideología y la categoría de religiosidad más fuerte. Como ya hemos apuntado, la estrecha relación entre ideología y religiosidad aumentaba notablemente las probabilidades de pertenecer a la derecha en quienes eran religiosos, y viceversa. De ahí que, como también pudimos comprobar en otro sitio, la ideología *absorbía* la influencia de la religiosidad sobre el voto,

¹⁴ Para mejorar la interpretación de nuestros modelos, hemos recodificado la escala ideológica para que el primer valor sea 0 y el último 1; de este modo, los modelos recogerán el efecto máximo del factor ideológico sobre la variable dependiente (véase Fraile 2001).

especialmente en el ámbito conservador (Montero y Calvo 2000, 128-133). Es cierto que esta relación se está debilitando, pero con ritmo diferente para las distintas categorías religiosas. Al tiempo de las elecciones de 2000, quienes acuden a la iglesia varias veces por semana y manifiestan por lo tanto la máxima religiosidad son claramente de derechas: más del 65 por ciento de ellos están entre las posiciones 6 y 10 de la escala ideológica, y su media es 6.6 (frente a la media muestral de 5.04). Pero la combinación de la escasez de observaciones y la alta correlación entre esa categoría religiosa y la ideología explica la aparentemente anómala baja significatividad de los coeficientes.

[Tabla 8]

Al margen de este caso, parece corroborarse la hipótesis de que mayores niveles de religiosidad se traducen en mayores probabilidades de votar a partidos conservadores. Los modelos también parecen predecir correctamente el voto a los diferentes partidos, al menos para los casos del PP y del PSOE. Confirmando resultados anteriores, las variables políticas vuelven a ser las fundamentales para la explicación del comportamiento electoral en España. La ideología y la valoración del candidato determinan en buena medida las probabilidades de votar por uno u otro partido. Pese a los ya aludidos procesos de cambios en las identidades ideológicas, es patente que siguen condicionando la decisión del elector. Igualmente destacable es la evaluación retrospectiva de la gestión del gobierno en los dos terrenos medidos aquí: una valoración favorable de la actuación del gobierno del PP en la economía y en el medio ambiente aumenta la probabilidad de recompensar al partido en el gobierno, mientras que opiniones desfavorables en esta dimensión inducen al castigo (Fraile 2002).

La cuarta columna de la tabla 8 muestra los resultados del modelo para el voto a IU. A primera vista, parecería que los mayores niveles de participación religiosa carecen de efectos sobre la probabilidad de votarle. La falta de significación de la religiosidad en el voto a IU supone una nueva sorpresa; en realidad, es la única ocasión en que se ha producido este resultado en la serie de elecciones de los años ochenta y noventa (Montero y Calvo 1999). El perfil del votante de IU es claramente no religioso, en la medida en que prácticamente el 70 por ciento de los mismos declara en la encuesta del CIS de 2000 no

asistir a misa “nunca o casi nunca”, y el 35 por ciento se define, como puede comprobarse más adelante en la tabla 13, como católico practicante y el 41 por ciento como indiferente y ateo. Y cuando introducimos la variable de religiosidad en su forma continua, resulta significativa al 90 por ciento (95 por ciento en el caso de los hombres). El problema radica obviamente en la escasa variabilidad de la variable: dos tercios de las observaciones se concentran en una sola categoría religiosa. El modelo no cuenta así con variabilidad suficiente, y no es capaz de reflejar el fenómeno sustantivo del efecto de la religiosidad.

De otra parte, el modelo predice además que el voto a IU está fuertemente condicionado por los ingresos y de alguna manera por la educación.¹⁵ Estos factores no empañan, sin embargo, la intensidad de los efectos de la ideología y de la valoración del líder, que resultan ser las variables más importantes del modelo. Pese a todo, el tamaño del pseudo R^2 despierta algunas dudas sobre la especificación de la ecuación para explicar el voto a IU, y el reducido número de observaciones (e incluso su ausencia en las categorías de mayor religiosidad y mayor edad) dificulta aún más la bondad de los resultados.¹⁶ Puede también ocurrir que la especificación del modelo se resienta de la ausencia de criterios adecuados para recoger las preferencias de los votantes que aún se mantienen fieles a IU, y más todavía en un contexto de creciente debilidad como lo fue el de las elecciones de 2000 (Ramiro 2002). Como se refleja en el gráfico 1, ante la pregunta de “¿cuál es la razón principal que le ha llevado a votar a IU [y al PSOE o al PP] en estas pasadas elecciones?” en la encuesta postelectoral del CIS que estamos utilizando, los votantes de IU conferían una importancia extraordinaria a la identificación ideológica con la coalición, mientras que los del PP, por ejemplo, valoraban mayoritariamente la gestión gubernamental. Quedaría por verificar empíricamente si esta identidad ideológica alegada por el votante de IU se subsume en el impacto de la variable de ideología seleccionada (la habitual autocolocación en una escala ideológica), bien que la debilidad del pseudo R^2 sugiere que no es ése el caso.

¹⁵ En el modelo de la tabla 8 existe un importante solapamiento entre los efectos de la edad y de la educación. Para el caso de IU, sus votantes son más jóvenes que los del PP y el PSOE, y es un hecho que los votantes de generaciones más jóvenes presentan niveles educativos superiores a los de sus mayores, un dato que también es particularmente cierto para el caso del electorado de IU.

¹⁶ Uno de los resultados sorprendentes es la *falta* de significatividad de la variable que mide la valoración retrospectiva de la gestión medioambiental del gobierno, que habíamos incluido en la tabla 8 para medir el efecto de las preferencias posmaterialistas en los votantes de IU; en cambio, la variable resulta significativa para el PP y el PSOE. Para elecciones anteriores, cf. Montero y Torcal (1997).

Si durante la década de los noventa el voto a IU se explicaba fundamentalmente por consideraciones coyunturales relacionadas con los gobiernos del PSOE, parece que ahora podrían estarse reforzando los anclajes de los votantes con su coalición. Pero podría también haber ocurrido que las notables pérdidas electorales sufridas por IU hayan dejado su electorado reducido a su principal núcleo, que desde luego manifestaría la mayor identidad ideológica.¹⁷

[Gráfico 1]

¿Cuál es la magnitud del efecto de la religiosidad en la decisión de voto a cada uno de los partidos? Para responder a esta pregunta mostraremos ahora el cálculo de probabilidades esperadas de votar a cada partido en función del nivel de religiosidad del entrevistado. Como es sabido, los modelos de regresión logística no son lineales, y en consecuencia es necesario, para aislar el efecto de un factor específico sobre la variable dependiente, fijar las restantes variables independientes en un valor determinado. Esto nos lleva a proyectar el comportamiento de una suerte de “tipos ideales de votantes”, a los cuales atribuiremos una determinada probabilidad esperada de votar al PP, PSOE o IU en función de su nivel de religiosidad.

Para el caso del PP y del PSOE, nuestro *votante típico* es una mujer, residente en un municipio de entre 100.000 a 400.000 habitantes (valor 5 de la variable del tamaño de municipio), socializada en los años de la liberalización de la dictadura (cohorte 3), con estudios primarios, que trabajaba (ocupación1) y ganaba entre 100.000 y 150.000 pesetas (ingresos2), y que valoraba regularmente la gestión del PP tanto en la economía como en el medio ambiente (valor 3 de la variable). Mantendremos las variables políticas de la ideología y de la valoración del líder en sus medias muestrales. Dada la imposibilidad de identificar tipos de votantes totalmente neutrales, creemos que esta combinación de valores resulta adecuada, y es en cualquier caso la menos sesgada de entre las posibles. Nos hemos visto forzados, en cambio, a modificar estos parámetros para el supuesto de IU: su *votante*

¹⁷ Sea como fuere, debe asimismo destacarse que el modelo especificado en la tabla 8 funciona mucho mejor para las mujeres que para los hombres. El pseudo R^2 es sustancialmente superior (0.34), y todas las categorías de ingresos son estadísticamente significativas al 99 por ciento.

típico es un tanto diferente al ser notablemente distintos los perfiles de su electorado. Se tratará ahora de un hombre, ideológicamente de izquierdas y perteneciente a la cohorte más joven.¹⁸

La tabla 9 resume el comportamiento esperado de este votante típico.¹⁹ Como es claro, el comportamiento de nuestra votante estándar varía sensiblemente en función de su grado de religiosidad. En el escenario hipotético que hemos creado para este cálculo de probabilidades, el tránsito entre la categoría de menor religiosidad a la de mayor religiosidad aumenta en nada menos que 30 puntos porcentuales la probabilidad de votar al PP, y disminuye en otros 28 puntos la probabilidad de hacerlo al PSOE. La demostración de la relevancia de manifestar algún tipo de compromiso religioso frente a no profesar ninguno es, pues, contundente. El paso de la categoría de quienes no acuden a misa “casi nunca” a la categoría inmediata de quienes asisten sólo “varias veces al año” afecta en 14 puntos la probabilidad de votar al PP, y hasta en 17 puntos la de optar por el PSOE. El paso a la categoría siguiente, la de quienes asisten a misa “algunas veces al mes”, sólo aumenta la probabilidad de votar al PP (en 13 puntos); en cambio, no hay diferencias para ningún partido entre las dos categorías más religiosas. De esta forma, el PP es el partido más afectado por la incidencia de la religiosidad en sus probabilidades de voto; e IU, el que menos.²⁰

[Tabla 9]

¹⁸ En la encuesta poselectoral del CIS, el electorado de IU está compuesto mayoritariamente por hombres (60 por ciento, frente al 40 por ciento de mujeres); esta distancia entre géneros es mucho menor en el caso de los otros dos partidos (54 frente a 46 por ciento en el caso del PSOE, y 52 frente a 48 por ciento en el del PP). Es también un electorado particularmente sesgado en edad: la generación más joven concentra al doble de los votantes que cualquiera de los otros dos partidos.

¹⁹ Además, para el cálculo de estas probabilidades nos hemos visto forzados a reintroducir las versiones continuas del indicador de religiosidad, y del indicador de edad (en cohortes), dado que STATA no puede estimar las probabilidades cuando no hay observaciones para alguna de las variables que habíamos especificado en el modelo.

²⁰ Cabría preguntarse si el efecto de la religiosidad en el voto es independiente de las características individuales del individuo. En otras palabras, si dicho efecto se mantiene constante para todos y cada uno de las personas. La inclusión de términos de interacción en los modelos con distintas variables no mejora la eficacia de la estimación, en contra de lo que quizás cabría esperarse. Personas de diferente ocupación, nivel educativo, edad, sexo y residencia en municipios de distinto tamaño se ven influidas de modo similar por su religiosidad a la hora de decidir su opción de voto.

¿Cómo cabe explicar de esta sorprendente recuperación del factor religioso? Las dos siguientes secciones de este trabajo avanzarán cuatro hipótesis. En la que sigue examinaremos en qué medida aquel resultado puede deberse al efecto inmediato de la campaña electoral de 2000 o a un proceso de cambio de más largo alcance en la religiosidad de los españoles. Dado que ninguna de ambas posibilidades nos parece plausible, defenderemos en la última sección que la significatividad de la variable religiosa en nuestro modelo es consecuencia de dos procesos paralelos. De un lado, la variación en las preferencias electorales de los votantes más religiosos del PSOE, que entre 1996 y 2000 han decidido cambiar su voto y apoyar al partido en el gobierno; sostendremos así que, en un contexto de volatilidad electoral como el ocurrido en marzo de 2000, la religiosidad pudo operar como un factor de refuerzo para la formación de nuevas identidades políticas. De otro lado, el debilitamiento de la ideología como un obstáculo causal mediador del efecto de la religiosidad sobre el voto; en esa situación, la religiosidad pudo desempeñar el papel de orientación del voto que antes efectuaba la ideología de modo casi exclusivo.

La religiosidad de los españoles: nada nuevo en el final de siglo

La recuperación de la influencia de la religiosidad en el voto podría ser el resultado de cambios en la religiosidad de los ciudadanos. Tras años de despolarización o de secularización religiosas, quizás pudiera estar ocurriendo ahora la tendencia contraria. Otra hipótesis razonable apuntaría a las estrategias desplegadas por las elites partidistas durante la campaña electoral, con el objetivo de movilizar en su favor las distintas identidades religiosas. En contraste con la tónica de las campañas precedentes, quizás los partidos hayan movilizado a los electores alrededor de temas religiosos en las elecciones del 2000. Los datos que aquí ofreceremos confirman, en denegación de la primera hipótesis, la continuidad básica del mapa religioso de los españoles en la legislatura de 1996-2000. Los cambios que cabe reseñar no pueden explicar por sí mismos la renovada fuerza de la religiosidad en los modelos estadísticos que ya conocemos. Rechazaremos también la validez de la segunda hipótesis. A la vista del desarrollo de la campaña y del contenido de los programas electorales, nada nos lleva a pensar que la nueva presencia del voto religioso

tenga que ver con estrategias deliberadas de los líderes políticos para resucitar el *cleavage* religioso o al menos para introducir en el debate electoral algún *issue* religioso de importancia.

Al igual que en la casi totalidad de las campañas habidas desde 1977, las cuestiones religiosas han estado ausentes del debate público entre los partidos, de los discursos de los candidatos y de los programas electorales. Los dirigentes de la Conferencia Episcopal combinaron de nuevo sus habituales orientaciones hacia el voto de los católicos con su negativa a apoyar explícitamente a algún partido específico. Los partidos, por su lado, continuaron con su pacto implícito de no politizar las cuestiones religiosas. Aun cuando determinadas cuestiones religiosas fueron objeto de enfrentamientos partidistas durante la legislatura (como la financiación pública de la Iglesia, la regulación del aborto, la enseñanza de la religión o la negativa eclesial de solicitar perdón por su implicación en la guerra civil y en la dictadura franquista), ningún partido utilizó alguna de esas cuestiones en sus campañas electorales.²¹

Nada tiene de extraño, por lo tanto, que los programas de los partidos carecieran de previsiones específicas para esas cuestiones. Tanto en 1996 como en 2000, los programas del PP carecían de cualquier referencia explícita a la religión, la Iglesia, el catolicismo o la cristiandad (PP 1996 y 2000). En el caso del PSOE, el similar *silencio* observado en 1996 se rompió un tanto en 2000 al recoger propuestas relativas al aborto y a los derechos de las parejas de gays y lesbianas (PSOE 1996 y 2000). La única excepción destacable es la de IU, que ha concedido mayor relevancia a la defensa de un Estado laico, para la que a su vez defendía, por ejemplo, la denuncia de los Acuerdos firmados por España con la Santa Sede en 1979, la supresión de la dotación presupuestaria a la Iglesia católica, la supresión de la enseñanza religiosa en el sistema educativo o la equiparación de la católica con todas las demás confesiones religiosas (IU 1996 y 2000).

Si no cabe atribuir la mayor presencia electoral del factor religioso a las estrategias partidistas ni a las cuestiones debatidas durante la campaña de 2000, tampoco parece posible explicarlo por un aumento de la religiosidad de los españoles durante los últimos

²¹ Un seguimiento sistemático de la prensa durante la campaña confirma la ausencia de temas religiosos, ni siquiera por su asociación elemental a las propuestas relativas al aborto (que PSOE e IU querían ampliar al denominado “cuarto supuesto”, CiU dejaba a la conciencia de sus diputados y el PP se limitaba simplemente a no mencionarlo); cf., por ejemplo, *El País*, 19 febrero 2000.

años. Para comprobarlo, en la tabla 10 hemos seleccionado distintos indicadores que recogen las dimensiones básicas de la pertenencia, las creencias y la participación religiosas (Kotler-Berkowitz 2001; Crouch 1999). En las dos últimas décadas, puede observarse una cierta continuidad relativa en las proporciones de quienes declaran pertenecer a la religión católica y expresan sus creencias en aspectos fundamentales, dos dimensiones que justifican sobradamente la fuerza del catolicismo como referente cultural del caso español (González Anleo y González Blasco 2000). Por el contrario, la práctica religiosa, la autodefinición religiosa y la percepción del papel institucional de la Iglesia no han hecho sino descender. El descenso ha sido particularmente acusado en lo que hace a los niveles de asistencia a la iglesia.²² Como puede apreciarse en el gráfico 2, que confiere mayor perspectiva a los tres puntos temporales de la tabla 10, el descenso es ya irreversible a causa de los procesos de reemplazo intergeneracional. Si en 1973 casi tres de cada cuatro españoles afirmaban asistir a misa al menos una vez al mes, treinta años después prácticamente la mitad de la población ha dejado de acudir de forma regular a las celebraciones religiosas fundamentales. Los años de la transición fueron cruciales en la caída de las altas tasas del final del franquismo. Después, los niveles de práctica religiosa parecieron estabilizarse durante los años ochenta, para volver a bajar precisamente desde la mitad de los noventa.²³

[Tabla 10 y gráfico 2]

Ésta ha sido una evolución similar a la conocida, en segundo lugar, por el indicador de la identidad religiosa (gráfico 3).²⁴ En 1970, dos de cada tres españoles se identificaban como “muy buenos católicos” o como “católicos practicantes”; veinte años después, sólo

²² Tanto en la tabla 10 como en el gráfico 2 hemos creado cuatro categorías temporales de asistencia mediante la unión de los *items* 1 y 2 (más de una vez a la semana y una vez a la semana) de la pregunta formulada en las EVS, manteniendo el 3 (una vez al mes), y uniendo los 4 (por Navidad/Semana Santa y con ocasión de otras festividades concretas) y 5 (una vez al año, con menos frecuencia y nunca, prácticamente nunca).

²³ Aunque las tasas de participación religiosa española sean aún altas en comparación con otros países europeos, debe destacarse que España es, junto con Bélgica y Holanda, el país en donde la asistencia a misa ha sufrido un retroceso más rápido y marcado (Jagodzinski y Dobbeleare 1995, 95).

²⁴ A diferencia de la asistencia misa, aquí se solicita el ya comentado posicionamiento del entrevistado en una escala diseñada para graduar diferentes niveles de religiosidad desde “muy buenos católicos” hasta “católicos no practicantes”, “indiferentes” y “ateos”. La correspondencia entre ambos indicadores es muy alta; en 1999, y a partir de los datos de la EVS, el coeficiente de correlación de *Pearson* alcanzaba el 0.79.

lo hace así una tercera parte, mientras que la mitad se define como católico *lato sensu*. Tras los cambios a la baja ocurridos al comienzo de la transición en 1976 y con ocasión de la llegada del Gobierno socialista en 1982, los niveles de las distintas categorías religiosas parecen haberse estabilizado. Pero lo importante es que tampoco en esta dimensión parece haberse producido desde mediados de los años noventa una recuperación de las identidades católicas. Y algo similar ocurre, finalmente, con la dimensión relativa al papel institucional de la Iglesia. La desconfianza en la Iglesia sigue extendiéndose (bien que compartiéndola con otras instituciones públicas), así como el rechazo a su intervención directa en asuntos políticos. A finales de los noventa, por ejemplo, sólo un 9 por ciento opinaba que los políticos que no crean en Dios resultan inadecuados para ocupar cargos públicos. Y dos de cada tres entrevistados (y sendas mayorías de católicos practicantes) mostraban su disconformidad con que los dirigentes eclesiásticos orienten el voto de los electores o influyan en las decisiones del gobierno.²⁵

[Gráfico 3]

Resulta así, en suma, que prácticamente ninguna de las principales dimensiones de la religiosidad ha crecido en los últimos años con la intensidad suficiente como para dar cuenta de una mayor relación entre voto y religiosidad. El mapa religioso de los españoles, que comenzó a formarse durante los años ochenta, se ha consolidado durante los noventa como consecuencia de los cambios generacionales impulsados por la menor religiosidad de los más jóvenes. En ese mapa conviven tres grupos básicos: el primero es el más religioso, y suma entre un 25 y un 30 por ciento de la población; el segundo, de similar tamaño, resulta en alguna medida indiferente a la religión, bien que todavía recurra periódicamente a los ritos de pasaje o mantenga algunas creencias básicas reavivadas individualizadamente; y el tercero abarcaría al resto del 40 por ciento de la población y que se muestra claramente no religiosa con distintos grados de intensidad. Ni estos componentes ni sus respectivos perfiles religiosos han cambiado entre 1996 y 2000.

²⁵ Estos datos proceden de la EVS de 1999 para España; para otros datos similares pueden verse Montero (1993, 194ss.) y Montero y Calvo (1999, 26-27).

Cambio electoral e interacción ideológica: la religiosidad como refuerzo y como orientación del voto

Veinte años de consultas democráticas parecían haber consolidado, entre otras cosas, unas identidades religiosas relativamente nítidas. De forma ininterrumpida, el PP ha sido el partido más religioso, el Partido Comunista de España (PCE) e IU han ocupado siempre el otro polo, y el PSOE se ha movido entre ambos, en algunas categorías religiosas más cercano a IU, y en otras más próximo al PP. Estos perfiles se han mantenido gracias a las vinculaciones de los distintos niveles de religiosidad con espacios ideológicos relativamente propios. Los electores han combinado así preferencias partidistas, identidades ideológicas e identidades religiosas en distintos grados de intensidad; y, aunque no se produzca una correspondencia exacta entre esos tres elementos, sus variaciones han manifestado a lo largo del tiempo rasgos conocidos e incluso predecibles para cada uno de los partidos. De este modo, los religiosos han podido funcionar como criterios de diferenciación que en el ámbito público se traducen en divisiones sobre políticas públicas relativas a cuestiones religiosas. Gracias a esos criterios, los votantes pueden fácilmente comparar las posiciones que adoptan los partidos sobre cuestiones religiosas con las suyas propias y apreciar así la medida en la que se encuentran próximas o distantes (cf. Kotler-Berkowitz 2001).

La continuada renuncia de las élites partidistas a incluir las cuestiones religiosas en sus estrategias de movilización supone que en gran medida la religiosidad ha dejado de ser un “espacio de competición” electoral. Pero la correlativa ausencia del *cleavage* religioso no implica la completa irrelevancia de un cierto *voto religioso*, por así decir. Para muchos analistas, el factor religioso sólo existe si está incorporado en partidos demócratas cristianos o si en su defecto está relacionado con profundas divisiones sociales que se traducen en enfrentamientos electorales por partidos con estrategias directas de movilización de votantes religiosos. Pero el factor religioso puede también incidir en el comportamiento electoral a través de otras vías. Así, cabe concebir a la religiosidad como un “dominio de identificación” con arreglo al cual los dirigentes de los partidos puedan desarrollar a medio y largo plazo estrategias en las que el criterio de la religiosidad se

utilice, junto con otros relevantes (como por ejemplo el ideológico), para establecer vinculaciones de proximidad o conveniencia con grupos de electores. La combinación de la dimensión religiosa con la ideológica facilita los procesos que llevan a los ciudadanos a identificarse con un partido, o sentirse cercanos a él, o convertirse en sus votantes habituales, o aprobar de modo continuado sus propuestas religiosas cuando existen y en todo caso sus políticas públicas relacionadas con cuestiones religiosas. Aunque los partidos suelen enfrentarse en un número reducido de espacios competitivos, los ciudadanos pueden disponer, si se admite la expresión, de múltiples dimensiones de identificación (entre las cuales la religiosa puede ocupar, para muchos de ellos, un lugar relevante) (Sani y Sartori 1983, 330ss.; Mair 1997, 23ss; Kitschelt y otros 1999, cap. 8). En otros términos, la movilización explícita de los sectores religiosos por los partidos puede resultar innecesaria para la explicación de la relevancia adquirida por el factor religioso; para ello quizás sea suficiente la apreciación por los votantes de que la religiosidad supone un componente destacable para la identificación con el proyecto político de un partido.

En el caso español, este argumento ha estado acompañado por dos procesos confluyentes. De una parte, el incremento de la volatilidad en las elecciones de 2000; en ese contexto, la religiosidad actuó como una especie de *refuerzo* de quienes decidieron cambiar su voto. De otra parte, el debilitamiento de la conexión entre religiosidad e ideología; en esa situación, la religiosidad operó como un criterio *orientador* del voto en casos en los que la identidad ideológica no existiera, estuviera modificándose o resultara insuficiente para decidir el voto a un partido. La primera faceta puede expresarse sencillamente a través de las distintas direcciones de la volatilidad ocurridas en 2000 con respecto a 1996. Entre ambas consultas, se ha producido un trasvase sustancial de votantes desde los partidos de izquierda hacia el PP y en menor medida hacia la abstención, como vimos anteriormente. De acuerdo con nuestra hipótesis del refuerzo, estos cambios deberían de estar al menos en parte relacionados con criterios de religiosidad. Y estos criterios habrían operado como elementos de refuerzo en la decisión no ya de votar a un partido distinto, sino de hacerlo sobre todo a un partido situado al otro lado de la tradicional *barrera* ideológica izquierda-derecha; de paso, PSOE e IU habrían depurado en buena medida sus perfiles religiosos, que se manifestarían ahora con mayor nitidez como consecuencia de la marcha de sus votantes más religiosos al PP. Por su parte, la

combinación de ambos procesos habría facilitado la recuperación estadística del factor religioso. La tabla 11 permite una comprobación inicial de este planteamiento. En los flujos de votos ocurridos entre los tres partidos nacionales y la abstención, el PP fue obviamente el partido que logró contar con los mayores porcentajes de lealtad o fidelidad entre los electores de 1996: casi ocho de sus votantes volvieron a optar por él, frente a sólo menos de seis de los del PSOE y algo más de cuatro de los de IU. Además, el PP recibió al menos un 13 por ciento de los votantes del PSOE, y un 11 de los de IU. En el polo opuesto se encuentran los partidos de izquierda, que sufrieron pérdidas más que cuantiosas. Sobre ello, el dato relevante es que el PP parece haber recabado los apoyos de los votantes más religiosos (y, por ende, también más conservadores) de los otros dos partidos. Esto es particularmente evidente en lo que hace al PSOE. La media de religiosidad de sus votantes transferidos al PP es de 2.44, frente al 1.96 de quienes optaron por votarle de nuevo. La implicación es también clara: fueron los votantes más religiosos (y, de nuevo, los más conservadores) quienes abandonaron al PSOE en la consulta de 2000. Cabría entonces afirmar que la recuperación del factor religioso se debe a un cierto depuramiento de los perfiles religiosos de los diferentes partidos (pero sobre todo del PSOE) como consecuencia de los distintos procesos de cambio de voto. La significatividad de la religiosidad en nuestros modelos de regresión logística se explicaría así por los votantes más religiosos del PSOE, que deciden abandonar a su partido y transferir su apoyo al PP. Para corroborarlo todavía con mayor precisión podemos ahora seleccionar sólo a los votantes socialistas en 1996 y controlar esta vez por cada una de las categorías religiosas. Es también evidente, como se recoge en la tabla 12, que la capacidad del PSOE para retener sus apoyos varió en función de la religiosidad de sus votantes: los más religiosos concentraron sus nuevas preferencia en el PP, mientras que los menos religiosos resultaron ser también los más leales.

[Tablas 11 y 12]

La transferencia de los votantes socialistas ocurrida en las elecciones de 2000 no ha sido súbita. En realidad, supuso la culminación de un proceso de pérdidas socialistas que podría situarse a principios de la década de los noventa. En las consultas de 1993 y 1996,

los espectaculares resultados obtenidos por el PP se asociaron a la desaparición del Centro Democrático y Social (CDS), la mayor participación electoral y la fatiga del electorado socialista. Durante la última legislatura socialista de 1993, las valoraciones negativas de su gobierno y las percepciones positivas sobre la gestión de un hipotético gobierno conservador se combinaron para facilitar cambios de votos sustanciales desde el PSOE al PP (Sánchez-Cuenca y Barreiro 2000). Después, las valoraciones positivas de la gestión del primer gobierno del PP y los niveles de perplejidad o desconfianza suscitados por los intentos de renovación del PSOE facilitaron tanto las pérdidas socialistas hacia la abstención como los trasvases de voto hacia el PP (Wert 2000). En ambos momentos, el factor religioso debió desempeñar un papel secundario. Pero es probable que contribuyera a reforzar la decisión de cambio de voto adoptada en virtud de criterios estrictamente políticos. Existen indicios empíricos que permiten seguir el rastro de cómo los votantes más religiosos del PSOE *coloreaban* de modo diferenciado sus percepciones durante la década de los noventa hasta culminar en la consulta de 2000 transfiriendo su voto hacia el PP.²⁶ En los años ochenta, esos votantes socialistas más religiosos compartían con los menos religiosos opiniones extremadamente negativas sobre la denominada entonces Alianza Popular (AP), valoraciones muy bajas de Manuel Fraga, su principal líder, y niveles mínimos de confianza en su gestión en el caso hipotético de que llegara al gobierno. Las diferencias entre ambos sectores socialistas radicaban en que los no religiosos se mostraban más insatisfechos con las políticas del gobierno y con algunos de sus dirigentes; compartían a ese respecto posiciones similares a las del PCE y luego IU. De forma paulatina, esta situación se modificó a lo largo de los años noventa. Los votantes más religiosos comenzaron a manifestar mayores críticas hacia la gestión gubernamental del PSOE. Y comenzaron sobre todo a albergar opiniones más positivas hacia la oposición del PP, a expresar mayor confianza en el partido y a valorar más positivamente a José María Aznar; en suma, a “separarse” de las posiciones mantenidas por el votante mediano del PSOE. Tras la llegada del PP al gobierno, por ejemplo, las valoraciones de Joaquín Almunia o de la actuación del propio partido fueron similares entre los distintos sectores

²⁶ Lo que sigue en este párrafo es un apretado resumen de los datos incluidos en las numerosas encuestas depositadas en el Banco de Datos del CIS; los datos relativos a la legislatura de 1996 proceden de la encuesta del CIS que estamos utilizando, y que fue realizada en la primavera de 2000.

religiosos del PSOE; pero las de Aznar y las del PP manifestaron diferencias al alza considerables. Como consecuencia, las transferencias del PSOE hacia el PP fueron más frecuentes entre sus votantes más religiosos, que de ese modo reforzaban una decisión basada en elementos como las valoraciones de la situación política o económica, el rendimiento gubernamental, la gestión de los gobernantes, la actuación de los partidos o la credibilidad de sus dirigentes.

Las transferencias de los votantes socialistas hacia el PP han contribuido también a la modificación de los perfiles religiosos de los partidos. Tras la desaparición de la Unión de Centro Democrático (UCD) y la llegada del PSOE al gobierno, esos perfiles habían perdido buena parte de los rasgos que asociaban a los partidos izquierdistas con una irreligiosidad prácticamente completa y a los conservadores con niveles máximos de religiosidad. El tiempo transcurrido desde entonces ha diluido aún más aquellos contornos definitorios, especialmente para el PP y el PSOE (Montero y Calvo, 2000, 124-125). Ahora, el reforzamiento proporcionado por el factor religioso en las decisiones de cambio de voto debería de propiciar la tendencia contraria. La tabla 13 así parece confirmarlo.²⁷ Tanto para IU como sobre todo para el PSOE han crecido las proporciones de los votantes menos religiosos, mientras que el PP muestra una mayor estabilidad reciente. En cierto sentido, se tiene la impresión de que un sector de los votantes religiosos, después de haber apoyado durante los años ochenta a partidos de izquierda (y muy particularmente al PSOE) ante la escasa credibilidad de la oposición, pueden ya desplazarse a un ámbito más adecuado para sus preferencias políticas e ideológicas; para ellos, su llegada al ámbito ideológico conservador ocupado por el PP ha dejado de ser un problema. En ese desplazamiento, sus niveles de religiosidad han venido a reforzar los motivos políticos subyacentes en su cambio de voto.

[Tabla 13]

²⁷ Dada la ya comentada disparidad de *items* existente incluso cuando se trata de un mismo indicador (como ocurre con el de la práctica religiosa, medida por la asistencia a misa), en la tabla 13 hemos preferido acudir al de la autodefinición religiosa, que muestra una mayor consistencia a lo largo de los años noventa.

La segunda faceta explicativa de la mayor presencia del factor religioso en las elecciones de 2000 está relacionada con el debilitamiento de la conexión entre religiosidad e ideología. Como hemos comentado, para los electores carentes de identidad ideológica o para quienes dicha identidad resulte precaria o esté desapareciendo, ser religioso puede operar como un criterio relevante para orientar su voto: la religiosidad puede *complementar* a la ideología en la decisión electoral. *A priori*, ello implica la presencia de la ideología entre las variables significativas del voto, de un lado, y una cierta relación entre ideología y religiosidad, de otro. Ambos supuestos coexisten en el caso español. Y si el primero es sobradamente conocido, bien que esté en la actualidad experimentando modificaciones sustantivas (Gunther y Montero 2001; Torcal y Medina 2002; y Sánchez-Cuenca 2002), el segundo suele pasar desapercibido. En cuanto mecanismo simplificador de la decisión del votante, la ideología requiere que tanto la posición ideológica que se atribuye al individuo como la posición asignada a los partidos combinen preferencias específicas sobre ámbitos, cuestiones y temas diversos, entre los cuales se encuentra el religioso (Garry y Marsh 2001). De forma más particular, los significados proporcionados por las distintas dimensiones de la religiosidad contribuyen a modelar la identidad política de los ciudadanos a través de su interacción con sus orientaciones ideológicas y con sus decisiones electorales.

Los modelos estadísticos convencionales tienen dificultades para apreciar diferenciadamente las variables que inciden en esas relaciones. Por regla general, la ideología se sitúa necesariamente en un momento causal posterior al de otras variables que pueden coincidir con ella en modelos estadísticos. Sucede entonces que, mientras más fuerte sea la asociación entre la religiosidad y la ideología, menor será la posibilidad de apreciar la significación estadística de la religiosidad en modelos de regresión.²⁸ Nuestros análisis previos sobre el impacto de la religiosidad en el voto revelaron la existencia de una poderosa relación de intermediación con la ideología (Montero y Calvo 2000, 128). La ideología absorbía buena parte del impacto de la religiosidad: a mayor religiosidad, las probabilidades de puntuar en los niveles más conservadores de la escala ideológica aumentaban espectacularmente. La relación entre la ideología y la religiosidad era

²⁸ Y ello porque los modelos de regresión no pueden desjuntar, por así decir, los efectos indirectos, sino que asumen que todas las variables explicativas están en el mismo nivel de causalidad, lo que en la práctica es sumamente raro; cf. Tacq (1997, cap. 1).

especialmente fuerte en el caso de los votantes de AP (y lo siguió siendo luego en los del PP); contrariamente a lo que cabía esperar, eliminaba la significatividad de la religiosidad en los modelos para la explicación del voto conservador en elecciones tan tempranas como 1979 o 1982. La posición ideológica parecía representar una racionalización de distintos factores estructurales y actitudinales, entre los que la religiosidad ocupaba un lugar destacado. Y lo hacía hasta el punto de alterar o incluso anular significatividad potencial de estas variables en cualquier modelo estadístico en el que la ideología estuviera presente.

¿Sigue la ideología desarrollando esta función de mediación entre la religiosidad y el voto? Para comprobarlo hemos retomado en la tabla 14 el modelo de regresión logística presentado en la tabla 8, pero omitiendo ahora el efecto de la ideología. Y para simplificar la presentación, nos concentraremos en los nuevos coeficientes y en la significatividad de las categorías religiosas, mientras que para el resto de las variables nos limitaremos a ofrecer datos sobre la significatividad y el sentido de los coeficientes. Cuando efectuamos un ejercicio similar a éste para elecciones anteriores, las variaciones en el comportamiento de las restantes variables del modelo fueron muy amplias, y supusieron tanto un incremento de los coeficientes como una mejora de sus niveles de significación. Además, esos cambios afectaron con mayor intensidad a AP-PP que al PSOE, dada la mayor asociación entre religiosidad e ideología en los partidos conservadores (Montero y Calvo 2000, 129-131). En las elecciones de marzo de 2000, los cambios en el modelo son menores de lo que cabría esperar. Ciertamente, variables como la educación o la ocupación mejoran su posición en los modelos, al estar libres ahora del efecto mediador de la ideología. Pero los cambios distan de ser espectaculares, y se proyectan similarmente sobre los partidos de izquierda y derecha. En el que más nos importa aquí, la retirada de la ideología del modelo se traduce básicamente en una reducción del tamaño del error de las distintas variables, sin un efecto muy destacable en la significatividad de las mismas. La excepción viene de la mano de la categoría más religiosa, que es la que en mayor medida se ve afectada por la desaparición de la ideología. En suma, la religiosidad parece gozar de una cierta mayor autonomía con respecto a la ideología, y es capaz de afectar a la probabilidad de votar aun cuando controlamos este efecto por la posición ideológica del entrevistado. En combinación con el efecto sustantivo del trasvase de votantes entre los dos principales partidos, esta mayor

autonomía es responsable de la nueva significatividad de la religiosidad en nuestros modelos estadísticos.

[Tabla 14]

Queda por dilucidar una última cuestión. La desconexión entre la religiosidad y la ideología puede manifestar variaciones relevantes en los distintos ámbitos ideológicos. ¿Afecta por igual a los de la izquierda que a los de la derecha? Y, en cada uno de ellos, ¿tiene la misma intensidad en las posiciones más cercanas al centro que en las más alejadas de él? Si como hemos visto la ideología está cesando de *absorber* todo el efecto de la religiosidad en el voto, ¿cabe entonces concluir que su intermediación ha terminado ya por desaparecer? Las respuestas son ciertamente negativas: los efectos de la religiosidad en el voto dependen de la intensidad ideológica de los votantes. Los datos que finalmente presentamos en la tabla 15 son reveladores de esa graduación. Para mostrar la interacción entre la religiosidad y la ideología, hemos acudido de nuevo a un cálculo de probabilidades similar al recogido en la anterior tabla 9. Ahora hemos estimado las diferentes probabilidades de votar al PP y al PSOE de cada categoría religiosa, controlando por diferentes valores de la ideología; el resto de las variables independientes se mantienen en los mismos valores establecidos para la tabla 9. Es claro que la religiosidad varía en función de la ideología del individuo o, lo que es lo mismo, que la religiosidad *no* determina de igual manera las probabilidades de votar por uno u otro partido en cada uno de los espacios de la escala ideológica. En líneas generales, a medida que nos desplazamos hacia los extremos de la escala, el efecto de la religiosidad en la decisión electoral de los votantes más ideologizados es menor, un efecto que resulta más pronunciado en la derecha que en la izquierda. En otras palabras, cuando el votante se autoposiciona cerca de los extremos, su decisión electoral está condicionada en tal medida por la ideología que no queda espacio para que algún otro factor, como la religiosidad, por ejemplo, pueda tener un impacto diferenciado. Y cuando por el contrario se autositúa cerca del centro, la mayor debilidad ideológica de quienes escogen las posiciones centrales de la escala hace que la ideología resulte insuficiente para predecir su comportamiento en las urnas. En estos espacios, la religiosidad condiciona notablemente la decisión de votar a uno u otro partido.

[Tabla 15]

Conclusión

En este trabajo hemos examinado la relación entre religiosidad y voto en las elecciones de marzo de 2000. Partíamos del supuesto de que durante los años noventa la convergencia entre los procesos de secularización, los cambios sociales en ámbitos educativos, laborales o culturales y las estrategias de las elites partidistas de no politizar las diferencias religiosas existentes entre los españoles habría conducido a un declive definitivo del *cleavage* religioso. En contra de estas expectativas, el factor religioso parece haberse recuperado en la consulta de 2000, mostrando una incidencia significativa en la decisión de votar al PSOE y al PP.

Esa recuperación puede ser sencillamente ilusoria. Pudiera ser que, en realidad, la religiosidad nunca habría dejado de ser un factor relevante en el comportamiento electoral. Su “declive”, pues, no habría sido más que una conclusión errónea o en el mejor de los casos apresurada, y ocasionada por indicadores empíricos de religiosidad deficientes, modelos estadísticos mal especificados o errores en la interpretación de sus resultados. Asumiendo, sin embargo, que estos resultados fuesen correctos, en este trabajo hemos mantenido que la religiosidad es de nuevo un factor importante para la formalización de las preferencias de los votantes en España. Hemos defendido que la recuperación del factor religioso en las elecciones de 2000 ha dependido de la combinación de dos procesos de diferente naturaleza. De una parte, los cambios de voto entre los principales partidos, en los que la religiosidad ha funcionado como un mecanismo de refuerzo; esto es particularmente apropiado para los votantes socialistas más religiosos, que se han diferenciado de los socialistas menos religiosos por su mayor propensión en trasladar su voto al PP. De otra parte, la creciente separación de la religiosidad con respecto a la ideología, que ha llevado a la primera a desempeñar un papel de orientación del voto que antaño contenía casi exclusivamente la segunda. Hemos contrastado la validez de estas explicaciones con la exploración de dos hipótesis rivales. En primer lugar, hemos considerado la posibilidad de que nuestros resultados fueran la consecuencia de cambios

recientes en el mapa religioso de los españoles. Y cabía también la posibilidad, en segundo lugar, de que en las elecciones de 2000, rompiendo la tradición instaurada desde el inicio de la democracia, las elites políticas hubieran apelado a las identidades religiosas de sus votantes potenciales. Ninguna de estas cosas ha ocurrido.

La lectura de este fortalecimiento del factor religioso, y especialmente de la capacidad de las identidades religiosas para favorecer trasvases de votos desde la izquierda a la derecha, es evidente. La transformación del PP en un partido percibido ya como democrático y orientado al centro ha disipado las dudas de los muchos electores en mayor o menor medida conservadores o/y religiosos que en el pasado apoyaban, quizás con algunas reservas, al PSOE. En un marco caracterizado por la relativa estabilidad del mapa religioso y la modificación paulatina de las identidades ideológicas, el nuevo carácter del factor religioso solo puede ser entendido como consecuencia de las estrategias recientes del PP para atraerse a los votantes conservadores que nunca se sintieron cómodos con las políticas e imágenes de AP en los años ochenta.

Quisiéramos finalmente pensar que nuestros resultados contribuyan al desarrollo de futuros trabajos sobre la relación entre religiosidad y comportamiento electoral. Tanto aquella recuperación del factor religioso como su implicación con los dos procesos examinados de cambio de voto y de cambio ideológico plantean nuevos interrogantes sobre la naturaleza del que cabría etiquetar como *voto religioso*. Hace más de veinte años, Lijphart (1980, 320-322) se refirió a la “paradoja del voto religioso” para denotar la contradicción entre su propia continuidad en buena parte de los países occidentales, de un lado, y los procesos de secularización en el ámbito social o las estrategias partidistas para mantener los conflictos religiosos fuera de la agenda política, de otro. En la actualidad, es sobradamente sabido que el *cleavage* religioso resulta cada vez menos relevante, y que los partidos han renunciado a la movilización electoral por motivos religiosos (cf. Broughton y ten-Napiel 2000). Pero se sabe mucho menos de los mecanismos de interacción entre la religiosidad, la ideología y el voto. Las elecciones españolas de 2000 han sacado a colación algún elemento paradójico de aquel voto religioso. Sus resultados han vuelto a confirmar que la religiosidad ha dejado de ser un espacio de competición entre los partidos, y que por lo tanto no puede esperarse de ella que siga siendo un factor primario para la decisión de voto de los ciudadanos. Los datos que hemos discutido en este trabajo,

sin embargo, parecerían indicar que la religiosidad puede estar desempeñando un papel importante como una dimensión de identificación en la que también caben las estrategias de los líderes partidistas, y que puede asimismo erigirse como uno de los distintos ámbitos conformadores de las relaciones entre los partidos y sus votantes.

Referencias

- Arroyo, Millán. 1999. *Cambio cultural y cambio religioso. Tendencias y formas de religiosidad en la España de fin de siglo*. Tesis Doctoral: Universidad Complutense de Madrid.
- Barreiro, Belén. 2002. “La progresiva desmovilización de la izquierda en España: un análisis de la abstención en las elecciones generales de 1986 a 2000”, en esta *Revista*.
- Bartolini, Stefano, y Peter Mair. 1990. *Identity, competition, and electoral availability. The stabilisation of european electorates, 1885-1985*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Billiet, Jaak. 2001. “Proposals for questions on religious identity, national identity, ethnic identity and ethnocentrism in the European Social Survey core”. Manuscrito.
- Broughton, David, y Hans-Martien ten Naipel, eds. 2000. *Religion and mass electoral behaviour in Europe*. Londres: Routledge.
- Converse, Philip, E. 1974. “Some priority variables in comparative electoral research”, en Richard Rose, ed., *Electoral behaviour: a comparative handbook*. New York: The Free Press.
- Cotarelo, Ramón. 2002. “Las elecciones de 12 de marzo de 2002”. *Sistema* 58: 15-51.
- Crouch, Colin. 1999. *Social change in Western Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Elzo, Javier, y Francisco A. Orizo, eds. 2000. *España 2000, entre el localismo y la globalidad. La Encuesta Europea de Valores, en su tercera aplicación, 1981-1999*. Madrid: Fundación Santa María/Universidad de Deusto.
- Ersson, Svante, y Jan-Erik Lane. 1998. “Electoral instability and party system change in western Europe”, en Paul P. Pennings and J.-E. Lane, eds., *Comparing party system change*. Londres: Routledge.
- Feldkircher, Martin. 1998. “Religious orientations and church attendance”, en Jan W. van Deth, ed., *Comparative politics. The problem of equivalence*. Londres: Routledge.

- Fraile, Marta. 2002. "El voto económico en las elecciones de 1996 y 2000", en esta *Revista*.
- Franklin, Mark, Thomas T. Mackie, Henry Valen y otros. 1992. *Electoral change. Responses to evolving social and attitudinal structures in western countries*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fundación FOESSA. 1976. *Estudios sociológicos sobre la situación social de España, 1975*. Madrid: Euramérica.
- Garry, John, y Michael Marsh. 2001. "Citizens' conceptions of left-right: religious context effects". Ponencia presentada en la I ECPR General Conference, Canterbury (Reino Unido).
- González-Anleo, Juan, y Pedro González Blasco. 2000. "Religión: valores, ritos y creencias", en Francisco A. Orizo y Javier Elzo, eds., *España 2000, entre el localismo y la globalidad. La Encuesta Europea de Valores en su tercera aplicación, 1981-1999*. Madrid: Fundación Santa María/Universidad de Deusto.
- Gunther, Richard, y José Ramón Montero. 2001. "The anchors of partisanship: a comparative analysis of voting behavior in four Southern European democracies," en P. Nikiforos Diamandouros y R. Gunther, eds., *Parties, politics, and democracy in the new Southern Europe*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Gunther, Richard, José Ramón Montero y Joan Botella. 2002. *Politics in Spain*. Manuscrito.
- IU [Izquierda Unida]. 1996. *Programa. Elecciones generales de marzo de 1996*. Madrid: Izquierda Unida.
- IU. 2000. *Programa electoral de IU*. Madrid: Izquierda Unida.
- Jagodzinski, Wolfgang, y Karel Dobbeleare. 1995. "Secularization and church religiosity", en Jan W. van Deth y Elinor Scarbrough, eds., *The impact of values*. Oxford: Oxford University Press.
- Kitschelt, Herbert, Zdenka Mandfeldova, Radoslaw Markowski y Gábor Tóka. 1999. *Post-communist party systems. Competition, representation, and inter-party cooperation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kotler-Berkowitz, Laurence A. 2001. "Religion and voting behaviour in Great Britain: a reassessment". *British Journal of Political Science* 31: 523-554.
- Linz, Juan J., y José Ramón Montero. 2001. "The party systems of Spain: old cleavages and new challenges", en Lauri Karvonen y Stein Kuhnle, eds., *Party systems and voter alignments revisited*. Londres: Routledge.

Lijphart, Arend. 1980. "Language, religion, class and party choice: Belgium, Canada, Switzerland and South Africa compared", en Richard Rose, ed., *Electoral participation: a comparative analysis*. Londres: Sage.

Mair, Peter. 1997. *Party system change. Approaches and interpretations*. Oxford: Oxford University Press.

Miguel, Amando de, et al. 1970. *Informe sociológico sobre la situación social de España*. Madrid: Fundación FOESSA.

Montero, José Ramón. 1993. "Las dimensiones de la secularización: religiosidad y preferencias políticas en España", en Rafael Díaz-Salazar y Salvador Giner, eds., *Religión y sociedad en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Montero, José Ramón. 1999. "Religión y política en España: los nuevos contornos del cleavage religioso". *Revista Mexicana de Sociología* 61: 39-65.

Montero, José Ramón, y Mariano Torcal. 1997. *Party change and cleavage formation: the effects of value change on the Spanish party system*. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials, Working Paper 132, 1997.

Montero, José Ramón, y Kerman Calvo. 1999. "Tracing cleavage decline: religiosity, parties and electoral behaviour in Spain". Manuscrito.

Montero, José Ramón, y Kerman Calvo. 2000. "An elusive cleavage? Religiosity and party choice in Spain", en David Broughton y Hans-Martien ten Naipel, eds., *Religion and mass electoral behaviour in Europe*. Londres: Routledge.

Oñate, Pablo, y Francisco A. Ocaña. 2000. "Elecciones de 2000 y sistemas de partidos en España: ¿cuánto cambio electoral? *Revista de Estudios Políticos* 110: 297-336.

Orizo, Francisco A. 1983. *España, entre la apatía y el cambio social*. Madrid: Mapfre.

Orizo, Francisco A. 1991. *Los nuevos valores de los españoles. España en la Encuesta Europea de Valores*. Madrid: Fundación Santa María.

PP [Partido Popular]. 1996. *Con la nueva mayoría. Programa electoral del PP*. Madrid: Partido Popular.

PP. 2000. *Elecciones generales 2000: el compromiso del centro*. Madrid: Partido Popular.

PSOE [Partido Socialista Obrero Español]. 1996. *España en positivo. Programa electoral*. Madrid: Partido Socialista Obrero Español.

PSOE. 2000. *Programa electoral PSOE: elecciones generales 2000*. Madrid: Partido Socialista Obrero Español.

Pino, Eloísa del. 2001. “¿Se ha vuelto conservadora la sociedad española? Explicaciones alternativas de la victoria electoral del Partido Popular en las elecciones generales de 2000”. Manuscrito.

Ramiro, Luis. 2002. *La estrategia del PCE: IU, 1986-2000*. Manuscrito.

Roller, Elisa. 2001. “The March 2000 general election in Spain”. *Government and Opposition* 36: 209-229.

Rose, Richard, y Derek Urwin. 1969. “Social cohesion, political parties and Strains in regimes”, *Comparative Political Studies* 2: 7-67.

Sani, Giacomo, y Giovanni Sartori. 1983. “Polarization, fragmentation and competition in Western democracies”, en Hans H. Daalder y Peter Mair, eds., *Western European party systems. Continuity and Change*. Londres: Sage.

Sánchez-Cuenca, Ignacio. 2002. “The consequences for a government of betraying or diluting ideological principles”. Manuscrito.

Sánchez-Cuenca, Ignacio, y Belén Barreiro. 2000. *Los efectos de la acción de gobierno en el voto durante la etapa socialista (1982-1996)*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, Opiniones y Actitudes, 29, 2000.

Tacq, Jacques. 1997. *Multivariate analysis techniques in the social sciences. From problems to analysis*. Londres: Sage.

Torcal, Mariano. 1995. *Actitudes políticas y participación política en España. Pautas de cambio y continuidad*. Tesis Doctoral: Universidad Autónoma de Madrid.

Torcal, Mariano, y Lucía Medina. 2002. “Ideología y voto en España 1979-2000: los procesos de reconstrucción racional de la identificación ideológica”, en esta *Revista*.

Vallès, Josep Maria, y Aida Díaz. 2000. “The March 2000 Spanish general election”. *South European Society and Politics* 5: 133-142.

Wert, José Ignacio. 2000. “12-M: ¿lluvia o diluvio?”. *Claves de Razón Práctica* 101: 20-30.